

Por feliz al que sigue otra carrera?  
 «¡Dichoso el mercader!» dice el soldado,  
 De años y de fatigas quebrantado.  
 Oh! clama el mercader por otra parte,  
 Cuando su nave sufre adverso viento:  
 «Mas vale, sí, la profesion de Marte.  
 ¿A qué está reducido? En un momento  
 La pelea se traba,  
 Y en pronta muerte acaba,  
 O en festivo y glorioso vencimiento.»  
 El abogado con envidia alaba  
 Al labrador, si antes que el gallo cante  
 Llamando está á su puerta el litigante:  
 Y al mismo labrador cuando abandona  
 Sus haciendas, y en Roma comparece,  
 Porque de su persona  
 Un fiador responde, le parece  
 Que solo el ciudadano es envidiable.  
 De esto hay tantos ejemplos cada dia,  
 Que aun Fabio, el hablador infatigable,  
 Si los fuera á citar, se cansaria.  
 Y por no entretenerte mas prolijo,  
 Oye á qué fin mi plática dirijo.  
 Si les dijera un Dios: «vaya en buen hora;  
 Que á contentaros vengo: tú, soldado,  
 Has de ser mercader; y tú, abogado,  
 En labrador te has de volver ahora:  
 Trocad vuestros papeles: idos: ¡ea!  
 ¿Qué! ¿Esperais todavía?»  
 No quisieran ceder de su porfia;  
 Y eso que cada cual tiene en su mano  
 El ser ya tan feliz como desea.  
 Yo no sé por que Jove soberano  
 No les muestra un semblante  
 Ceñudo (pues lo tienen merecido),  
 Negándose á prestar en adelante  
 A tales ruegos favorable oído.  
 Pero el asunto es sério, y antes pide  
 Veras que burlas; bien que nadie impide

Se diga la verdad asi burlando,  
 Como á los niños dan de cuando en cuando  
 Los maestros un bollo, una rosquilla,  
 Porque mejor aprendan la cartilla.  
 Dejemos pues aquí chanzas á un lado.

Quien la pesada tierra  
 Rompe con duro arado,  
 El infiel tabernero,  
 El que sigue la guerra,  
 Y el audaz marinero  
 Que por diversos mares se aventura,  
 Toleran (segun dicen) tantas penas,  
 Mirando siempre á la vejez futura,  
 Y ofreciendo que apenas  
 Logren para comer renta segura,  
 Buscarán un retiro sin faenas,  
 A imitacion de la industriosa hormiga,  
 Que sufre en chico cuerpo gran fatiga,  
 Y en el monton que acrecentar procura,  
 Tan sagaz como pródiga, coloca  
 Todo lo que acarrea con la boca.  
 Pero ella, cuando aspecto diferente  
 El año toma, y la tristeza siente  
 Que le infunde el Acuario,  
 No deja su mansion; goza paciente  
 De lo que ha recogido; y al contrario,  
 Tú, ni por los calores del estío,  
 Ni por el fuego, el mar, el hierro, el frio,  
 En usuras y logros te contienes;  
 Ni perdonas afan, con tal que evites  
 Que otro llegue á tener mas que tú tienes.  
 ¿De qué te sirve, di, que deposites  
 En la cavada tierra con secreto,  
 Y con temor inquieto  
 Una gran cantidad de plata ú oro?  
 Piensas que con llegar á aquel tesoro  
 Se te ha de convertir al punto en nada;  
 Pero, por otra parte, si avariento  
 Nunca llegas á él, ¿qué lucimiento



Tiene un monton de plata arrinconado?  
 Millares de fanegas en tus eras  
 Cada cosecha trillarás: ¿y esperas  
 Que por eso en tu vientre  
 Mas que en el mio acaso quepa y entre?  
 Serás como el esclavo, que aunque carga  
 El talego del pan que le ha tocado,  
 No logra se le dé racion mas larga  
 Que á los esclavos que no llevan carga.  
 Dime, pues, ¿qué cuidado  
 Tendrá el hombre que vive  
 Dentro de aquellos límites prudentes  
 Que la naturaleza le prescribe,  
 De que las aranzadas  
 De sus tierras aradas  
 Por centenares ó por miles cuentas?  
 Dirás que es mucho gusto  
 Sacar de un monton grande; y yo replico  
 Que si tú me consientes  
 Otro tanto sacar de un monton chico,  
 No hallo motivo justo  
 Para alabar tus trojes mas que el cesto  
 En que yo de mi pan tengo el repuesto.  
 Lo mismo es, que si acaso  
 Algun cántaro de agua, ó bien un vaso  
 Solo necesitaras, y dijeras:  
 Al rio voy por ella, y no á la fuente.  
 Asi, cuando se lleva las riberas  
 El ímpetu del Aufido, igualmente  
 Al codicioso arrastra y precipita,  
 Que inútil redundancia solicita:  
 Pero quien se contenta, como debe,  
 Con lo que necesita,  
 Ni turbia con el cieno el agua bebe,  
 Ni se espone á que el rio se le lleve.  
 Con todo una gran parte de los hombres,  
 Que engañada se envicia  
 En la tenaz codicia,  
 La suele disfrazar con falsos nombres.

Que nunca tiene lo bastante, dice,  
 Porque al que tiene mas, mas se le aprecia.  
 ¿Qué hemos de hacer con esta gente necia?  
 La dejaremos ser siempre infelice,  
 Ya que de serlo asi gusta y se precia.  
 Esto me hace acordar de un avariento,  
 Hombre muy opulento,  
 Habitante de Atenas, que decia,  
 Despreciando la grito de la plebe:  
 « El vulgacho se atreve  
 » A silbarme, es verdad; pero á fé mia  
 » Que en llegando á mi casa,  
 » A solas me complazco y congratulo,  
 » Cuando atenta repasa  
 » Mi vista los dineros que acumulo. »  
 Tántalo apenas toca  
 Con el labio sediento  
 El agua que va huyendo de su boca...  
 ¿De esto te ries? Pues aplica el cuento,  
 Que si el nombre de Tántalo se muda,  
 Te viene bien la fábula sin duda.  
 Cuando, por todas partes rodeado  
 De acinados talegos de dinero,  
 Te acuestas, oh insaciable cicatero,  
 Te ves á no tocarlos precisado,  
 Cual si fuera un depósito sagrado,  
 O á gozarlos del modo  
 Que se suele gozar una pintura.  
 ¿No sabes el valor y el uso todo  
 Del caudal? Compra pan, vino, verdura,  
 Y algunas otras cosas sin las cuales  
 Viven incomodados los mortales.  
 Pero en vela pasar noches y dias  
 Entre contínuos sustos y agonías,  
 Poniéndote en cuidado  
 Ya ladrones, ya incendios, ya un criado  
 Que te robe y se ausente,  
 ¡Muy buena diversion es ciertamente!  
 Jamás el cielo quiera



Que sea rico yo de esta manera.  
 Mas dirás que si un recio constipado,  
 U otra cualquier especie de accidente  
 Te postra en cama, sabes que á tu lado,  
 Siendo hombre de dinero, tendrás gente  
 Que remedios te aplique,  
 Y al médico suplique  
 Te vuelva la salud, que tanto importa  
 A tus hijos y amada parentela.  
 Bien al contrario: tu muger no anhela  
 Sino que tengas una vida corta,  
 Y lo propio tus hijos: te aborrecen  
 Vecinos, conocidos, mozos, mozas:  
 Y cuando preferibles te parecen  
 Las riquezas que gozas  
 A todo lo demas, ¿acaso estrañas  
 No hallar entre el concurso que te asiste  
 Un afecto que nunca mereciste?  
 Sabe, pues, que te engañas  
 Si, no poniendo cosa de tu parte,  
 Piensas en conservar y asegurarte  
 La amistad y fineza  
 De deudos que te dió naturaleza.  
 Tu tiempo perderás, como el ginete  
 Que en el campo de Marte  
 Pretenda que un borrico se sujete  
 Al mando de la rienda,  
 Y el galopar del picadero aprenda.  
 Basta de atesorar: más no desees;  
 Y al paso que ha crecido tu riqueza,  
 Ve temiendo ya menos la pobreza;  
 Que pues al fin posees  
 Aquello á que aspiraban tus anhelos,  
 Razon es descansar de esos desvelos.  
 No te suceda un dia  
 Lo que le sucedió (breve es el cuento)  
 A un tal Umidio. Fué tan opulento  
 Que á celemines su caudal media;  
 Tan mísero, que trage mas decente

No solia gastar que el de un sirviente.  
 Hasta el último punto de su vida  
 El desdichado recelando estaba  
 Que moriria de hambre sin remedio;  
 Pero, mas esforzada y atrevida  
 Que las hijas de Tindaro, una esclava  
 Le partió con un hacha medio á medio...  
 « Pero, en fin, ¿qué he de hacer? qué me aconsejas?  
 » Ya que ser avariento no me dejas,  
 » ¿Pretenderás que como Menio viva,  
 » O como Nomentano?... » No por cierto:  
 Tambien es estremada y escesiva  
 La conducta contraria; y si te advierto  
 No incurras en el vicio  
 De vil ahorrativa,  
 No por eso te exhorto al desperdicio  
 De un disoluto pródigo y sin juicio.  
 Tanáis en verdad se diferencia  
 Del suegro de Viselio; y bien se sabe  
 Que un cierto medio en todas cosas cabe.  
 Límites fijos puso la prudencia:  
 Entre ellos la virtud tiene su asiento;  
 Y lograrla no puede  
 Quien de ellos ó bien dista, ó bien se escede.  
 Ahora, pues (volviendo á nuestro intento  
 De que ya demasiado me separo),  
 Es posible que nadie esté contento  
 (Y mucho menos el ansioso avaro)  
 Con su fortuna actual? Que envidien todos  
 A los que viven de otros varios modos  
 Que se consuman si la cabra agena  
 Tiene la teta de mas leche llena?  
 Jamás ha de haber uno que repare  
 Que en mas copioso número se cuentan  
 Los que mayor pobreza experimentan;  
 Que alguna vez con ellos se compare,  
 Y que siempre no anhele  
 Ser mas que este y que el otro? Como suele  
 En los públicos juegos, al instante



Que desde la barrera  
 Los carros parten con veloz carrera,  
 Aguijar sus caballos cada uno  
 Para pasar á los que van delante,  
 Sin que el carro que atrás queda distante  
 Le dé cuidado alguno:  
 Asi, quien en ser rico mas se afana,  
 Siempre halla otro mas rico que le gana.  
 De aqui nace que apenas hay sugeto  
 Que diga haber vivido felizmente;  
 Y que al fin, cuando el plazo vé completo  
 De sus años, con ellos se contente,  
 Saliendo de esta vida,  
 Como aquel convidado que repleto  
 Sale de alguna espléndida comida.  
 Pero basta, Mecenas: ya no añado  
 Ni una sola palabra, temeroso  
 De que pienses, al verme tan pesado,  
 Que del autor Crispino el legañoso  
 Los largos cartapacios he robado.

V. 1. *Qui fit?*... Al ver el disgusto, y á veces el horror con que casi todos los hombres miran su oficio ó profesion, y la especie de entusiasmo que manifiestan por el oficio ó profesion agena: al escudriñar el origen de estos sentimientos, que parecen ser generales ó comunes á clases y categorías, pero que en realidad no son mas que modificaciones parciales ó aisladas del egoismo de los individuos, en cuyos corazones se desarrollan constantemente bajo una ú otra forma los gérmenes fecundos de la envidia; al observar cómo cambia de objetos el deseo, cómo muda de colores la esperanza, cómo se subordinan á inspiraciones efímeras intereses permanentes, y cómo se sacrifica el anhelo justo de un fin loable al placer equívoco de un medio reprobable; al reflexionar en fin sobre la multitud de fenómenos que presenta el estudio de la moral y de la ideología, no se puede menos de pensar que deben ser de una índole muy estraña, ó combinarse de un modo muy singular

los elementos que entran en la composicion de ese indefinible animal que se llama hombre. Curioso y útil seria sin duda descubrir el mecanismo con que se labra sin cesar la infelicidad de la inmensa mayoría de los individuos de esta especie, á pesar de tener cada cual dentro de sí una fuente inagotable de ventura, en la estension y en la perspicacia de su razon, emanacion preciosa de la inteligencia divina, y prenda de la predileccion celestial en favor de la raza humana. Pero si no nos es dado arrebatar á la naturaleza este pasmoso secreto, que ella oculta, como otros muchos, entre el esplendor de la magestad con que se rodea, nos es permitido á lo menos consultar los oráculos de la dulce, de la consoladora filosofía, para hallar el modo de precaver y de curar las dolencias morales, de que los desventurados humanos parecen condenados á ser siempre juguetes ó víctimas. No podrian sin embargo todos los infelices buscar en las obras de los filósofos el alivio ó el consuelo de que necesitan: arredraríalos á menudo el aparato de la ciencia, la austeridad de los métodos científicos, la severidad de los preceptos, y sobre todo la falta de tiempo para emprender un estudio seguido, al cual solo pueden entregarse con fruto los hombres poco ocupados; y aun cuando estos motivos no bastasen á retraerlos de aquel trabajo, los mas de los que lo emprendiesen hallarian solo cansancio y fastidio, donde iban á buscar distraccion y recreo. La poesía era la única arte que podia generalizar los consuelos de la filosofía, y colocar la utilidad al lado del deleite; la poesía aspiró pues á este objeto, y cultivada por hábiles poetas, lo consiguió mas ó menos completamente.

Cualquiera que sabiendo sentir lea el principio de la sátira que me ha sugerido estas reflexiones, no podrá menos de admirar el arte con que Horacio consueta al paso que reconviene, halaga al paso que corrige, enseña al paso que divierte, é interesa por último, ya sea que reprenda, ó que escuse. Abren la escena diferentes individuos, que ejercen varias profesiones, descontentas de sí mismas y envidiosas de las otras, y que forman una



especie de congreso de disgustados, compuesto de militares, comerciantes, abogados y labradores. En él introduce el poeta á Júpiter, manifestando acceder á los deseos de aquellas clases representadas por un miembro de cada una; pero cuando debia creerse que todos ellos se apresurasen á aceptar el trueque que parecian anhelar, y en que la bondad del dios de los dioses se dignaba consentir, todos lo rehusan, y resisten aquel mismo bien en cuya posesion afectaban creer que consistia su felicidad. Esta renuncia unánime equivale á una confesion ó reconocimiento formal de que en todas las situaciones de la vida hay males y disgustos, que anejos á la humana condicion, nadie podria evitar, aun cuando cambiase de profesion todos los dias: recuerdo importante, útil, precioso, que debe hacer á los hombres mas circunspectos, mas resignados, y mas dignos en fin de los altos destinos á que los llama la índole privilegiada de su especie. En esta escena ingeniosa resplandece aquella moral sublime, que amiga y maestra de los hombres, les muestra siempre al recelo siguiendo de cerca á la ventura, y á la esperanza caminando ufana sobre las huellas de la adversidad.

V. 2. *Seu ratio dederit...* No hay otro medio de poseer algo en el mundo, que la eleccion ó el acaso. El fenómeno del descontento general es mas notable cuando la profesion de que se está disgustado ha sido elegida espontáneamente, y no por efecto de algunas de las combinaciones del acaso, de las cuales no seria extraño que no estuviesen satisfechos muchos hombres.

V. 4. *Gravis annis...* *Armis* propuso leer un comentador, y á la verdad que no seria mala leccion, por poco que estuviese autorizada.

V. 8. *Cita mors venit...* Esto está superiormente pintado. A todos los hombres les parecen siempre pequeños los inconvenientes de las profesiones que envidian: el mercader, codiciando la suerte del soldado, no podia disimularse que este tenia que ir á la guerra, y que era muy facil morir en ella; pero «¿qué tenemos? dice, ó muere ó triunfa en un momento, y todo se ha acabado.»

El deseo nos impide descubrir los inconvenientes de lo que apeteecemos ó envidiamos, y por eso el mercader no ve en la profesion militar, mas que la alternativa de la muerte ó de la victoria, cuando hubiera debido ver la de la fatiga, que es un penosísimo estado habitual, muy distinto del triunfo y de la muerte.

V. 10. *Sub galli cantum...* Los abogados tenian desde muy temprano abiertas sus puertas.

V. 11. *Vadibus...* A los fiadores que respondian por otros se les dió, segun Acron, el nombre de *vades*, porque los que daban esta fianza tenian la facultad de marcharse, *vadendi*.

*Extractus...* La incomodidad en efecto era terrible, y la palabra *extractus* la denota suficientemente. Obsérvese con qué propiedad presenta Horacio en la escena al campesino, al cual no le hace codiciar las riquezas, ni el lujo de los habitantes de Roma, sino la proporcion que estos disfrutaban de que, para comparecer ante un juez, no necesitaban abandonar sus casas, como tenia que hacerlo un aldeano.

V. 13 y 14. *Loquacem Fabium...* Acron y Porfirio dicen que este Fabio era un caballero de Narbona, que habia escrito sobre la filosofia estoica, y que habia disputado muchas veces con Horacio. Sin duda en alguna de estas disputas no habia quedado el poeta muy satisfecho del filósofo.

V. 18. *Mutatis partibus. Cambiados los papeles...* Todavía se usa entre nosotros esta locucion en el teatro, en que aun se llaman *partes* los actores y los papeles: *partes de por medio* se denominan todavía hoy los actores subalternos; y *fulano desempeña la parte de galan*, equivale á decir que hace el primer papel. Seria curioso averiguar de qué manera ó por qué medios se ha transmitido á nosotros esta denominacion de *partes*, tomada del teatro latino, sin embargo de haber debido desaparecer todos los usos de las artes escénicas en el largo periodo de siglos que medió entre su ruina y su restablecimiento.

V. 19. *Licet esse beatis...* Los primeros autores lati-



nos usaron indiferentemente en esta frase del dativo y del acusativo.

V. 21. *Buccas inflet... Propter iracundiam*, dice Acron, *quod est indignationis signum*.

V. 23. *Præterea...* ¡Qué feliz idea la de un erudito, que imaginó sustituir á este parásito é ininteligible adverbio, el verbo *prætereo*, que sin otra variacion que la de la letra final, hace un hermosísimo sentido! Si no me hubiera propuesto desechar sin distincion toda variante no autorizada, me apresuraria á admitir esta, persuadido, como lo estoy, de que es imposible esplicar de un modo satisfactorio los paréntesis que es menester acinar si se ha de conservar el adverbio. Leyendo *prætereo* en el original, se leeria la traduccion como se halla, hasta

blando el oido á semejante ruego,

y despues seguiria de esta manera:

Mas ¿por qué yo mezclarme en tal contienda?

No es tan grave cuestion para tratada

De fiesta ó de chacota, si bien nada

Decir impide la verdad burlando, etc.

Esta idea es mucho mas clara que la que, forzado por el adverbio *præterea*, dejo espresada en la otra traduccion.

V. 25. *Crustula...* Pastelillos, tortas, ú otras golosinas de esta clase.

V. 28. *Ille gravem...* No creo que nadie haya observado el enlace de este trozo de la sátira con el anterior, del cual se ha creido siempre desunido, con tanta mas razon, quanto que al fin de la pieza se dice terminantemente, *Illuc, unde abii, redeo*; de donde parece inferirse que por confesion del poeta mismo, su largo diálogo con el avaro no ha sido mas que una digresion. A pesar de esto, yo veo en las dos partes de la sátira un ensamble, que se reconocerá sin dificultad, cuando se recapacite un momento. Despues de la escena primera, se supone que dice el poeta: «¿Veis como á pesar de ese descontento de

todos los que ejercen cualquiera profesion, no quieren cambiarla? Pues reparad ahora en otra cosa, y ved como, aunque ejerciéndola cada uno por un motivo diferente, todos ellos vociferan no tener otro objeto que el de asegurarse algun descanso para su vejez, y recuerdan la conducta de la hormiga, que encierra en el verano las provisiones con que ha de mantenerse el invierno. Este pretesto, añade el poeta, es falso sin embargo muchas veces, como es ridículo el disgusto con que muestran estos ó los otros mirar su ejercicio, puesto que hay hombres á quienes ni los soles del verano, ni los yelos del invierno, ni ningun otro contratiempo, los retraen de su propósito de acinar, no lo que necesitan para su vejez, sino quanto pueda medio contentar una ambicion que con nada se satisface.» Con esta esplicacion aparecen enlazadas las dos partes de la sátira, que hasta ahora se habian manifestado desunidas. Es verdad que Horacio diciendo despues, *que volvia al punto de donde habia partido*, reconoció haberse alejado de él; pero con esto no quiso decir sin duda, sino que habiendo contraido por largo tiempo sus reflexiones á la avaricia, era hora de generalizarlas de nuevo, segun que lo habia hecho al principio, y esto no es reconocer haberse extraviado.

V. 33. *Parvula...* La antítesis de *parvula* y *magni* del original, es aqui de un pobre efecto. La hormiga no necesitaba de la calificacion que le da el poeta, pues al nombre de aquel insecto va esencialmente unida la idea de su pequenez.

V. 36. *Inversum contristat Aquarius annum...* *Inversum annum* significa «el año que vuelve á empezar,» el mes de enero, durante el cual entra el sol en el signo de *Acuario*.

V. 38. *Sapiens...* Otros leen *patiens*, mucho menos exactamente. Para gastar lo ahorrado no es *paciencia* lo que se necesita, sino *prudencia*.

V. 43. *Vilem ad assem ..* Como si dijera, á un ochavo.

V. 45. *Millia frumenti centum...* Esto es, *centum millia modiorum frumenti*. El *modio* era una medida que contenia veinte libras de trigo.



V. 47. *Reticulum panis...* Aunque ha habido comentadores que han calificado de justísima la comparación de que se sirve Horacio, suponiendo que los ricos encargados de la provisión de los otros, tienen su parte, y nada más, se podría observar que el esclavo que llevaba el pan á sus compañeros, estaba sujeto á la misma ración que ellos; mientras que los ricos, encargados de la provisión de los pobres, no dejan á estos sino una parte bien tenue, en comparación de la que ellos se reservan. El pensamiento de Horacio sería pues falso ó inexacto, si la comparación que él establece pudiera tener el sentido que le dan dichos comentadores. El poeta sabía muy bien que no están todas las necesidades reducidas á comer; y por eso, después de haber manifestado que no cabe más en el vientre de un rico que en el de un pobre, añade que importa muy poco labrar mil aranzadas de tierra ó ciento, cuando se prescinde de las necesidades artificiales, es decir, de las que no son obra de la naturaleza, y esto es lo que significa el *intra naturæ fines viventi*. Por lo demás, el pan se llevaba en unos sacos de red; en los viajes conducía un esclavo esta provisión, de que se repartía dos veces al día la porción correspondiente á cada individuo.

V. 51. *At suave est...* Que «es mejor tomar de un monton grande,» es la cantinela ordinaria, tanto de los avaros, como de los pródigos; los primeros piden mucho para guardarlo, los segundos para gastarlo; para unos y otros, es una especie de proverbio destinado á cohonestar sus vicios respectivos. La respuesta del poeta es perentoria y urgente: «con tal que yo tenga lo que necesite, dice, ¿qué más me da que el monton de donde lo saque, sea grande ó pequeño?» Con argumentos de esta especie se deben confundir y pulverizar los pretextos especiosos en que se pretende apoyar los vicios.

V. 53. *Cumeris...* Llamábase *cumera* la cesta de palma, junco ó mimbre, en que los pobres tenían su pequeña provisión: también se daba este nombre á ciertas orzas ó tinajas.

V. 55. *Ut tibi si sit opus...* Esta comparación com-

pleta el convencimiento de la verdad proclamada antes. Por lo demás, la *urna* equivalía á la mitad de la *amphora*, y contenía un peso de cuarenta libras de agua; el *cyathus* era un vasito, casi de la cabida de una copa de licor.

V. 56. *Eó fit...* Al punto la moralidad: el que saca agua de una tinaja la coge limpia, y no corre el riesgo de ahogarse; el que juzgando pequeña una tinaja, sin embargo de que el no necesita más que un vaso, prefiere ir á buscar el agua al río, la coge turbia, y á veces se resbala, y parece por efecto de su ansiar desmedido. Tales comparaciones, tales ejemplos, tales ratiocinios, y tal tono de naturalidad, de verdad y de franqueza, deben emplear los satíricos que deseen ser leídos con interés, sacar fruto de sus consejos, y corregir, en vez de irritar. El hombre que no halle deleite en la lectura de composiciones de esta clase, esté seguro de haber debido á la naturaleza una mala índole, ó una escasisima razón.

V. 58. *Aufidus...* Del Aufido ú Ofanto, río de la Pulla, empleado aquí por cualquier río, hablé ya en las notas á la oda treinta del libro tercero.

V. 61. *At bona pars hominum...* El poeta se hace á sí mismo la réplica que podía hacerle cualquiera otro. «Una gran parte de los hombres, dice, vive en el error de que nadie vale sino en razón de lo que tiene; es necesario pues tener, para valer, ó ser estimado.» A esta última reflexión no había que responder, sino insistiendo sobre los sinsabores y las desgracias que acarrea el ansia de acinar tesoros á cualquiera costa. «Sean infelices, dice el poeta, pues lo quieren.» No hay más que decir.

V. 63. *Miserum esse...* Aquí se debe colocar la coma, que generalmente se pone después del *libenter*, y referir este adverbio á *quatenus id facit*.

V. 64. *Ut quidam...* De todos los intérpretes que he consultado, ninguno me parece haber entendido este pasage más que Mr. Dacier. Este célebre erudito observa sobre el verso sesenta y uno, que los que creen deber juntar riquezas para ser estimados, son engañados por la avaricia, que se fortifica en sus corazones bajo otro nombre,



y á la cual, encubierta con el disfraz de la gloria, de la reputacion, ú otro cualquiera, llama el poeta *cupidinem falsum*: y en su nota al verso sesenta y seis añade: «Ved ahí á ese avaro, que se goza y se fortifica en su vicio, y que lejos de procurar corregirse, se consuela de los silbidos del pueblo con mirar y remirar su tesoro. No es pues el deseo de gloria ó de reputacion el que le domina, pues *está viendo que sus riquezas no le preservan de la befa general*, sino la avaricia etc.» Esta observacion es ingeniosa, porque contiene una nueva respuesta del poeta á la reflexion de que la estimacion que gozan los hombres es proporcionada á lo que poseen, y porque ademas enlaza perfectamente el ejemplo con el raciocinio, y fija y aclara la comparacion.

V. 68. *Tantalus*... Las tradiciones poéticas varían sobre la naturaleza del suplicio de Tántalo; la opinion mas comun es que consistia este suplicio en una sed rabiosa, que aumentaba á cada momento la presencia, y aun la proximidad del agua, á la cual no le era permitido llegar.

V. 74. *Sextarius*... Dábase este nombre á una medida que contenia doce *cyathos*, ó la *sexta* parte del *congio*, lo que equivalia como á cuartillo y medio de la medida castellana.

V. 81. *Affixit*... Esta leccion me parece mucho mejor que la de *affixit*. En los manuscritos y ediciones se lee ya la una, ya la otra de estas palabras; pero *affigere*, dice Bentley, *sequente dativo, vim et impetum in illidendo significat; at qui ægroti lecto decumbunt, non illiduntur*.

V. 88. *At, si cognatos*... Este pasage ha sido, á pesar de su claridad, objeto de disputas acaloradas. Los versos ochenta y seis y ochenta y siete no dejan la menor duda sobre el sentido de los que le siguen hasta el noventa y uno, como se puede ver en mi traduccion. El orden es pues, *at, si cognatos quos natura tibi dat, retinere velis nullo labore*, etc. Contra esta esplicacion objeta Bentley: «¿Qué trabajo perderá el avaro, cuando no ha dado ninguno? *si nullum laborem impendat, nullam operam perdet*.» Para desvanecer esta objecion,

que parece mas fuerte de lo que es en realidad, bastará reflexionar que en el lenguaje familiar usamos frecuentemente la locucion de *trabajo perdido*, no solo para denotar que se ha malogrado el fruto de algunas diligencias ó esfuerzos, sino tambien para espresar que se ha frustrado algun deseo ó alguna esperanza. El *operam perdas* del original puede equivaler á «pierdes el tiempo que gastas en pensar ó en imaginar eso; es necio, es temerario ese intento, *es un trabajo perdido*»; mientras que el *nullo labore* designa el *ningun cuidado* que pone el avaro en estrechar por medio de una buena correspondencia los lazos que le unen con sus parientes. Este hombre, que *nada hace ó trabaja* para conseguir este fin, *se engaña mucho, pierde el tiempo* cuando cree que conservará sin *hacer ningun sacrificio ó esfuerzo* por su parte, la amistad de sus deudos; *se engaña ó pierde el tiempo*, lo mismo que si lo gastase en enseñar á un asno á hacer lo que un caballo. Tal es el sentido evidente de este pasage.

V. 94. *Ne facias*... Otros escriben *nec*.  
V. 95. *Umidius*... *Unidius, Vinidius, Numidius*, y *Ummidius*, escriben otros. Cualquiera que fuese el nombre verdadero de aquel hombre, es absolutamente desconocido.

V. 100. *Fortissima Tyndaridarum*... Esta última palabra ha sido el tormento de los gramáticos, pues haciéndola masculina, como genitivo de *Tyndarides*, el pensamiento no se comprende, y haciéndola femenina, como genitivo de *Tyndarida*, se falta visiblemente á la analogia. Bentley, siguiendo una indicacion de Lambino, quiere que el genitivo empleado por Horacio sea del género masculino, y que comprenda por consiguiente á los hijos de Tíndaro de ambos sexos. Aquella liberta de Umidio, añade, era otra Clitemnestra, *la mas fuerte de todos los hijos de Tíndaro*.

V. 101. *Mævius*... Otros *Nævius* y *Nævius*. Acron asegura que este era el nombre de un individuo muy taconeado. En cuanto á Nomentano, el mismo escoliador dice que se llamaba Casio, y que el sobrenombre de Nomentano le tomó acaso del pueblo de donde era natural; y



añade que disipó *sextertium septuagies*, (suma que equivalía á mas de dos millones de reales), y que tuvo un cocinero, que despues lo ajustó Salustio Crispo en *centenis millibus æris*, sobre 80,000 reales.

V. 104. *Vappam jubeo ac nebulonem...* *Vappa* se llamaba propiamente el vino torcido ó avinagrado, y por metáfora se empleó esta palabra para designar á un hombre corrompido, disipador, etc. *Nebulo* se sacó de *nebulis*, como *tenebrio* de *tenebris*, para designar á los libertinos que huían del dia, y preferían la noche para sus torpezas.

V. 105. *Est inter Tanaim...* Acron, que podia saberlo, asegura que Tánais era un eunuco, liberto de Mecenas, y que el suegro de Vitelio tenia una hernia. Aunque esto fuese asi, no creo que podían tomarse como términos distantes de comparacion el eunuco y el potroso, y me parece mas natural que el poeta aludiese aqui á las circunstancias morales de ambos personajes, que sin duda debían ser muy poco parecidas.

V. 106. *Est modus in rebus...* No creo necesario decir que estos dos versos se han hecho proverbiales; lo que sí observaré es, que solo se dispensa este honor á los versos en que, á la verdad y á la oportunidad de la sentencia, se une la exactitud y la pureza de la espresion. Esta observacion no debe ser inútil para los que aspiren á ganar nombre en cualquiera especie de poesia.

V. 108. *Illuc, unde abii redeo...* Dacier nota la destreza con que Horacio vuelve á su primer propósito fingiendo maravillarse de que todos los hombres se parezcan al avaro, y añade el crítico francés: «Pues como el avaro encuentra siempre mas gordo que el suyo el ganado de su vecino, lo mismo el inconstante cree mejor que la suya la suerte de los demas.» Esto es exacto, y prueba que la digresion no es tan inoportuna como algunos creyeron.

V. 111. *Neque se majori, etc...* ¿Por qué se comparan todos con los que son mas que ellos, en vez de compararse con los que son menos? pregunta el poeta; «porque tal es la tendencia que la naturaleza ha dado al co-

razon humano,» respondo yo; y añado que esta tendencia es utilísima en general para los progresos de la razon, y por consiguiente para los de la prosperidad comun. No es esto decir que el precepto del poeta no sea oportuno; pero confesando su oportunidad para contener en límites justos el anhelo de ser mas, que es uno de los primeros móviles de las acciones humanas, no puedo menos de advertir que seria peligroso dar al tal precepto demasiada latitud; pues en tal caso autorizaria la pereza, y haria desaparecer el estímulo que guia á todo lo bueno y lo útil, como á lo vicioso y perjudicial. Repitamos con nuestro poeta: *est modus in rebus*.

V. 114. *Ut cum carceribus...* Llamábanse cárceles unos como toriles ó jaulas, en que estaban colocados los carros mientras se daba la señal de correr. Esta comparacion es magnífica, y digna de la epopeya: los grandes poetas usan siempre de este y de otros recursos semejantes, cuando quieren ya cambiar, ya fortificar la disposicion en que presumen á sus lectores.

V. 119. *Uti conviva satur...* Felicísima comparacion.

V. 120. *Crispini scrinia lippi...* Segun Acron este Crispino era un filósofo estóico muy hablador, que habia puesto en versos la doctrina de su escuela. El epíteto *lippus*, (legañoso) que le da el poeta, alude á sus facultades intelectuales, mas bien que al estado de sus ojos. *Scrinia* eran los estantes, *capsæ in quibus libri continentur*, como dice el escoliador citado. Tambien se daba el mismo nombre á las carteras ó bolsas de papeles.